

Eutanasia, Iglesia, libertad

No creo que la aprobación de una ley de eutanasia voluntaria, similar a las que ya rigen en Holanda, Bélgica o Luxemburgo, hiciera perder las próximas elecciones generales al Partido Socialista. Al contrario. Un 80% de los españoles, según una reciente encuesta de Metroscopia, está a favor del derecho a la eutanasia activa para los enfermos incurables. Lo cual significa que si todos los partidos políticos permitieran que sus diputados votaran en este tema con libertad de conciencia, la mayoría sería aplastante. Conviene insistir en algo muy obvio: la eutanasia voluntaria es un derecho humano, un derecho humano de la primera



SALVADOR PANIKER

Una mayoría de españoles cree que morir dignamente es un derecho humano

generación de derechos humanos, un derecho de libertad. Es un derecho, no un deber. Pero ya se sabe que el Gobierno socialista no quiere multiplicar sus frentes de batalla con la Iglesia católica. Y ahí es donde pueden ser útiles algunas consideraciones. En primer lugar, conviene recordar que buena parte de los católicos está a favor del derecho a la eutanasia y en contra de las consignas del Vaticano. Como en tantas otras cuestiones (piénsese en el tema del control de la natalidad, sin ir más lejos). En segundo lugar, cabe preguntar: ¿por qué la Iglesia católica —al menos la oficial— se opone tan ferozmente a la eutanasia? La respuesta parece clara: porque si se generaliza la práctica

de la eutanasia voluntaria, si se desdramatiza el acto de morir, la Iglesia pierde poder. La Iglesia siempre ha fomentado una teología del terror a la muerte, reservándose para ella el control de las postrimerías. En consecuencia, la Iglesia tolera mal la secularización desdramatizada del morir que supone la eutanasia. (Probablemente, los hombres de la Iglesia “proyectan” su propio terror a la muerte y tratan de exorcizar su ansiedad —y en el fondo su increencia— aferrándose fanáticamente a la doctrina oficial. Las verdades absolutas “protegen”).

Añadamos, de pasada, que la Iglesia siempre ha sido prisionera de su pretendido monopolio teológico de la verdad, lo cual la

ha conducido a inmiscuirse en cuestiones que no le competen. Así, por ejemplo, ya san Ambrosio, en el siglo IV, se oponía a los preceptos de la medicina por ser contrarios a la “ciencia celestial” y al poder de la plegaria. Lo mismo pensaba, siglos más tarde, el arrebatado san Bernardo de Claraval. Y hasta el siglo XVI estuvo condenada por la autoridad eclesiástica la disección de cadáveres y el estudio de la anatomía. Y ya a finales del siglo XVIII, el magisterio de las iglesias cristianas se opuso a la vacuna antivariólica porque entendía que la viruela era un castigo divino, y el hombre no debía sustraerse a ese castigo. (Con la misma lógica se prohibió desviar el

PASA A LA PÁGINA SIGUIENTE

En el aniversario del golpe de Obiang

Teodoro Obiang, presidente de Guinea Ecuatorial, acaba de cumplir 29 años en el poder. Ocupó la presidencia el 3 de agosto de 1979, tras derrocar y fusilar a su tío Francisco Macías, el primer mandatario que tuvo el país tras independizarse de España. Obiang obtuvo el beneplácito de casi todos, guineanos y extranjeros, al poner fin a una tiranía oprobiosa. Parecía conciliador: prometió libertad, reconstruir un país devastado tras once años de terror, el retorno de los exiliados y la reconciliación. Negó que el suyo fuera un golpe de Estado; lo llamó “golpe de libertad”.

Pura falacia. No se rebeló por patriotismo o piedad por su pueblo; entonces teniente coronel y viceministro de Defensa, Obiang actuó por miedo y ambición. *El Tigre* recelaba del poder acumulado por su sobrino, iba a sustituirle por uno de sus hijos formado en un país comunista, y el valido atacó antes de ser cesado.

Cuando afirmó que devolvería la soberanía al pueblo y no se perpetuaría en el poder, la mayoría le creyó. Pocos nos manifestamos escépticos, no por radicales, sino porque analizamos su historial: había sido la mano derecha de Macías y el brazo ejecutor de su política sanguinaria.

Pese a su empeño en lavar su imagen a golpe de petrodólares, la realidad está ahí: poco después de la independencia, Obiang ejecutó a Bonifacio Ondo Edu, el presidente de la Guinea autónoma y candidato presidencial. En 1975, Macías abandonó la isla de Bioco temiendo una invasión nigeriana, y se retiró a Bata y luego a su aldea natal. Sólo regresaría a la capital para ser juzgado y ajusticiado. En esos cuatro años, la isla, sus habitantes, las fincas de cacao y demás “bienes abandonados” por los colonos españoles, quedaron a merced del virrey Obiang, quien fue eliminando a todos los militares y civiles destacados. Desaparecieron varios compañeros de cursillo en



DONATO NDONGO BIDYOGO

Un día de agosto, Obiang derrocó a su tío y se convirtió en el nuevo tirano de Guinea Ecuatorial

la Academia Militar de Zaragoza, y políticos como Job Obiang, Buenaventura Ochaga, Jesús Alfonso Oyono o el sacerdote José Esono. Se conocen, pero no interesa que se recuerden, hechos como la brutal represión contra aldeanos bubis en Basakato del Este.

Tales tropelías se atribuían a Macías, pero éste supo de muchas de ellas después de consumadas. En su proceso —anotaron observadores internacionales asistentes—, Macías quiso delimitar las responsabilidades (“Yo era jefe de Estado, no jefe de cárcel”, dijo), pero el tribunal militar, cumpliendo órdenes, le impidió hablar.

Para quienes conocíamos estos antecedentes, era difícil creer que libertad y desarrollo llegasen de la mano del nuevo amo; pero se acalló la discrepancia para que Obiang consolidara su poder. Si quienes podían hubiesen

ejercido la presión necesaria, todo sería distinto.

Pocos dirigentes han tenido tantas oportunidades como Obiang. Durante 29 años ha gozado de la benevolencia de la comunidad internacional. Un país de medio millón de habitantes recibe asistencia de casi todas las naciones prósperas del mundo, sin que tan nutrida cooperación se note en la vida cotidiana del pueblo. Desde 1991, Guinea Ecuatorial produce ingentes riquezas, petróleo y gas, cuyos beneficios acapara la “familia presidencial”, mientras la gente vegeta en una miseria espantosa; no hay agua potable ni en la capital, y los apagones eléctricos duran meses.

En casi tres décadas de absolutismo, Obiang no ha resuelto un solo problema, pero ha creado muchos: país exportador de madera, los niños deben llevar los bancos a la escuela si no quieren sentarse en el puro suelo; la sani-

dad no existe, pues los jefes del sistema son dueños de los hospitales dignos de tal nombre y, en todo caso, resultan inasequibles por caros; mientras, los poderosos salen al exterior a la más mínima dolencia. No hay una sola librería, cine ni teatro; los medios de comunicación son estatales, o pertenecen a familiares del *Jefe*. Las únicas expansiones del guineano son alcohol y sexo.

Crece la disidencia en las minorías étnicas. Torturas y suicidios son habituales en comisarías y cárceles; pese a los *indultos* propagandísticos, hay presos políticos; no es exagerado considerar el país entero un campo de concentración en el que nada ni nadie se mueve salvo por voluntad de Obiang. La corrupción, el nepotismo y el tribalismo son de antología. Retrocede el desarrollo político: *el Libertador* gana las elecciones con el 99,9% de los sufragios, y lo controla todo, hasta las transferencias bancarias. Jefe del Ejército y de las fuerzas de seguridad, nombra y cesa a ministros, jueces, diputados y funcionarios.

Su errática política exterior crea conflictos por doquier. Obiang es un autócrata apestado, según demuestran su gira latinoamericana de principios de año, o el seísmo provocado en Uruguay por la sola mención de su posible presencia en la toma de posesión del presidente electo. Se amistó con lo peor de África, Robert Mugabe, el tirano de Zimbabue, y Denis Sassou-Nguesso, el liberticida de Brazzaville.

¿Qué esperar de quien afirma que sólo ocupará su silla aquel que haga lo que él hizo? Nunca dejará el poder: consciente de su trayectoria, tiene pánico a los tribunales. Así impulsó en la Constitución —pergeñada a finales de 1991 para distraer a Felipe González— una cláusula perversa: no podrá ser juzgado por actos cometidos “antes, durante y después de su mandato”.

Donato Ndongo-Bidyogo es escritor y periodista guineano.

FORGES



"En Benidorm hay de todo, todo..."